

Presentación

Los pobres, en su sentido primigenio, son aquellos hombres que andan faltos de las cosas necesarias para vivir. La pobreza tiene, por tanto, un sentido prioritario material, y guarda estrecha relación significativa con realidades vitales como la alimentación, la casa... Siendo el hombre como es una realidad biológica pensante, el ser humano tiene necesidades propias además de las comunes a todos los animales. El derecho a instruirse que tiene todo hombre responde a una de esas necesidades específicamente humanas.

En Occidente, en un largo principio, los materialmente ricos han sido los que han podido beneficiarse del saber, que era cultivado en unos cuantos centros (monasterios, iglesias...) y por un reducido número de personas (monjes, maestros...). Sólo en fechas relativamente próximas a nosotros (siglo XVI...) han brotado dentro de la Iglesia asociaciones de maestros (Hermanos y Hermanas de la Vida Común, Ursulinas, Escolapios, Hermanos de las Escuelas Cristianas...) que se han preocupado de la enseñanza de hijos de padres pobres. Más recientemente (siglo XIX...), el Estado ha reconocido como una obligación perentoria suya la de proporcionar a todos sus miembros, sea cual sea su posición social, la posibilidad de cultivar sus facultades intelectuales. Poco a poco se ha ido haciendo realidad el derecho de todo ser humano, rico o pobre, a recibir la pertinente instrucción. En España, concretamente, la última ley de educación, la LOGSE, promulgada en 1990, asegura hasta los 16 años el cumplimiento del derecho a la educación de todos los españoles.

A la vista de las últimas facilidades que los pobres encuentran en su acceso al campo del saber, podría creerse alegremente que se acabó el problema del abandono cultural en que se hallaban hasta ahora los pobres, que ya no hay razón para seguir hablando de los pobres en relación con la escuela...

La verdad, por desgracia, es esta otra: que todavía sigue habiendo pobres, si bien los pobres actuales de la escuela son distintos de los pobres de antaño. Los nuevos pobres de la escuela son aquellos hijos de padres pobres o ricos que fracasan académicamente, los que no "pueden" con los programas oficiales, los que reciben la calificación de "suspensos" o son señalados como "los últimos de la clase"... El perfil de los nuevos pobres de la escuela ya no es el trazado por las motas de polvo y harapos, sino el perfil roto y hundido característico de los que fracasan ante los múltiples y diversos retos de la vida. Estos pobres, además, no surgen siempre en los suburbios de las ciudades. Proviene también de las familias adineradas. Es que el lugar de nacimiento de los nuevos pobres de la escuela es la propia escuela.

El maestro de nuestros días debe tomar conciencia, en primer lugar, de la existencia -y existencia abundante- de esta nueva clase de pobres que tiene ante sus ojos, que son **sus** pobres más que de ningún otro y a los que él, más que ningún otro, puede ayudar a salir de la frustración educativa en que se hallan postrados.

En segundo lugar, el educador debe ser consciente del verdadero culpable de semejante situación escolar: la causa no es la falta de capacidad y de actitudes apropiadas por parte de los alumnos, sino el modelo de una sociedad competitiva e individualista como es la nuestra, que impone sus salvajes exigencias a todo el sistema educativo en general, y en particular al ámbito de la enseñanza escolar.

A nuestro parecer, la realidad abundante de alumnos fracasados académicamente está proclamando a gritos la inadecuación del espíritu y método del sistema escolar vigente y clamando a voz en cuello la necesidad de toda una revolución educadora, centrada en el logro de una pedagogía diferencial que atienda a la formación integral de cada una de las personas, incluyendo irrenunciablemente a "los últimos de la clase".

El presente número de SINITE pretende ayudar a sus lectores, educadores cristianos, a poner en marcha esa revolución pedagógica.

Algunos de sus artículos muestran admirablemente cómo ha sido la actitud samaritana la que ha llevado a tantos y tantos Fundadores de congregaciones religiosas docentes a buscar fuera de la escuela a los hijos de los padres pobres, con el fin de hacerles llegar también a ellos "la piedad y las letras". Esa actitud entregada y comprometida con los pobres debe seguir alentando en los actuales educadores. No debe dejar nunca de latir y de impulsarlos. Los nuevos pobres están en las aulas, dentro de las escuelas. Los educadores cristianos no necesitamos salir del mundo escolar para poner de manifiesto que los pobres son los primeros a los que debemos atender y liberar de su pobreza.

Otros artículos de este número 112 de la revista proporcionan también a los lectores claves y pistas positivas para que todos sus educandos se sientan bien acompañados y fuertemente animados en esa maravillosa aventura y tarea de realizarse como personas únicas e irrepetibles.